

ISSN 2953-562X

ci | pei

ANÁLISIS CIPEI

EDICIÓN ESPECIAL



**El retorno de Trump a la Casa Blanca:
¿qué impactos tendrá?**

El **Centro de Investigaciones en Política y Economía Internacional** (CIPEI) tiene como finalidad desarrollar y promover investigaciones sobre temas de economía y política internacional contemporánea con foco en el siglo XXI. Forma parte del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

Trabaja en torno a 4 áreas temáticas: Economía, Política Internacional y enfoques de Política Exterior, Seguridad internacional y Metodología.

El **Análisis CIPEI** es una publicación mensual del Centro. Consiste en artículos cortos escritos por miembros del Centro e invitados sobre temas de actualidad y relevantes para la Política y la Economía Internacional.

Dirección

Anabella Busso

Coordinación editorial de este número

Guadalupe Dithurbide

María Florencia Marina

ISSN 2953-562X

Diciembre de 2024

2000 - Rosario - Argentina

Contenidos

Introducción	4
Trump 2025: más empoderado, menos democrático Por Anabella Busso	6
El comercio como arma en Trump 2.0 y sus efectos para Argentina Por Julieta Zelicovich	9
La vuelta de Trump y sus impactos en la política climática y energética doméstica e internacional Por José Fernández Alonso	11
El rol de Estados Unidos en las instituciones financieras de Bretton Woods bajo la segunda administración Trump Por María Florencia Guzmán	13
El retorno de Trump a la presidencia de EEUU: ¿entre la reedición de la “guerra comercial” y la radicalización de la política hacia China? Por Carla V. Oliva	15
Rusia en el escenario de Trump Presidente 2025 Por Jorge Santiago Rojas	17
La Argentina y Brasil frente a un Trump 2.0. Las dos caras de la moneda Por Esteban Actis	19
Una nueva administración de Donald Trump: posibles implicancias para América Latina Por María Eva Pignatta	22
El desafío de Claudia Sheinbaum de sostener una relación de cooperación sin subordinación en la segunda presidencia de Trump Por Guadalupe Dithurbide	24
El adiós a una reforma migratoria integral: el plan de deportación masiva de Donald Trump en su segundo gobierno Por María Florencia Marina	27
Legado, perspectivas e impacto de la victoria de Trump sobre la región de Medio Oriente Por Ornela Fabani	30
La nueva presidencia de Trump y la UE: el desafío de lo predecible Por Roberto Falcón	32
Sobre las y los autores	34

Introducción

Desde su génesis el **Centro de Investigaciones en Políticas y Economía Internacional (CIPEI)** se propuso reunir un equipo conformado por académicos y académicas con una trayectoria de investigación y docencia en dimensiones o áreas problemáticas diversas, que si bien específicas de la realidad internacional contribuyan al análisis desde una perspectiva multifocal y holística. Ante la elección de Donald Trump para una segunda administración en la Casa Blanca hasta el 2029, nos propusimos elaborar una edición especial de **Análisis CIPEI** que colectivamente aporte **respuestas preliminares al interrogante sobre los impactos que tendrá el retorno de Trump a la presidencia de los Estados Unidos.**

Cada uno de los miembros del CIPEI efectúa una breve reflexión desde la dimensión de análisis que corresponde a su línea de investigación. En el plano de la política internacional y los impactos globales, Anabella Busso propone analizar cuestiones clave de la **política doméstica estadounidense** –los rasgos antidemocráticos del movimiento MAGA, la batalla cultural, el rol de los empresarios “tecno-utópicos”, y las relaciones cívico-militares– para comenzar a indagar la futuras decisiones de política exterior de Donald Trump.

Sobre el futuro del **multilateralismo**, Julieta Zelicovich recupera algunas tendencias de la primera administración de Trump para esbozar proyecciones a lo que será su segundo mandato, destacando el uso del **comercio** como arma de su estrategia geopolítica, indagando el potencial impacto que podría tener en la relación bilateral con Argentina. José Fernández Alonso, en tanto, pone el foco en el impacto internacional de la previsible reconfiguración de la **política climática y energética** estadounidense que implementará el gobierno entrante. A continuación, María Florencia Guzmán reflexiona sobre los puntos que estructuran una agenda crítica de Trump sobre el multilateralismo en general, y las **instituciones financieras** de Bretton Woods en particular.

Para analizar los posibles impactos en diferentes geografías, nos proponemos poner la lupa sobre América Latina, Medio Oriente, Europa Occidental, Rusia y China. Estos dos últimos países tienen un lugar destacado en la agenda de Trump con implicancias regionales pero también globales en un orden internacional en transición. Por una parte, el vínculo con **China** es trabajado por Carla Oliva, quien si bien visualiza un escenario de potencial agudización de las tensiones en tres áreas clave de competencia geopolítica entre ambas potencias –el comercio, la tecnología y la cuestión de Taiwán– también identifica escenarios de oportunidades para el país asiático. Por otra parte, la guerra entre **Rusia** y **Ucrania** despierta gran incertidumbre, por lo que Santiago Rojas aborda los potenciales resultados futuros para el escenario bélico habida cuenta del vínculo de Trump con Putin y la estrategia adoptada por la administración Biden.

En relación con **América Latina**, Esteban Actis reflexiona sobre el impacto diferencial que tendrá la futura presidencia de Donald Trump en los proyectos políticos de Lula y Milei, sus inserciones internacionales y el devenir económico de **Argentina** y **Brasil**. Mientras, María Eva Pignatta prevé la adopción de un enfoque ideologizado hacia la región en la búsqueda de evitar la pérdida de primacía frente a potencias extrahemisféricas, así como un reforzamiento de la presencia y los condicionamientos de Washington hacia Latinoamérica. Guadalupe Dithurbide, en tanto, aborda los desafíos que enfrentará el gobierno de **México** con vistas al duro estilo negociador que caracteriza a Donald Trump en el marco de una relación bilateral muy robusta pero atravesada por temas sensibles para la política doméstica estadounidense como el comercio, la seguridad y las **migraciones**. Con respecto a este último tema, María Florencia Marina evalúa las posibles consecuencias económicas, sociales y políticas que podría traer aparejada la implementación de una política migratoria altamente securitizada y con el eje en una deportación masiva.

Para finalizar, Ornella Fabani realiza un repaso de los hitos de la política exterior en **Medio Oriente** en la primera administración de Donald Trump y del perfil ideológico de algunas designaciones claves que el presidente electo ha anunciado para poder esbozar así posibles líneas de acción futura en esta región. Roberto Falcón, por su parte, evalúa cuál será la posible evolución del vínculo **Unión Europea**-Estados Unidos teniendo en consideración tanto la dimensión comercial como de la defensa, y anticipando los desafíos que la nueva administración traerá aparejados para el bloque.

Guadalupe Dithurbide
María Florencia Marina
Editoras de este número

Trump 2025: más empoderado, menos democrático

Por **Anabella Busso**

Reflexionar sobre el triunfo de Trump y su impacto a nivel global es una tarea que comienza en el escenario doméstico. Las decisiones de política exterior, geopolítica, comercio, entre otras serán tomadas siguiendo sus slogans de campaña: *Make America Great Again* ("MAGA") y *American First*, cuyo peso es hoy más fuerte que en su primera administración. Esta lógica tiene múltiples consecuencias imposibles de abordar en dos carillas, pero veamos alguna de ellas.

El discurso sobre la excepcionalidad de la democracia estadounidense ha perdido espacio. Si bien es cierto que el desencanto de la sociedad americana con la política no es nuevo, sino atribuible a la alianza de republicanos y demócratas con el sector financiero internacional, la deslocalización de empresas, la globalización neoliberal y la incapacidad de gestionar tensiones culturales desde Reagan en adelante y que la elección de Trump tiene, sin dudas, legitimidad democrática de origen, también es verdad que existen riesgos que esta última se pierda a lo largo de la gestión en función de rasgos anti-democráticos fácilmente observables.

Algunos datos de campaña y del período de transición confirman esta tendencia: a- Trump ha manifestado en varias ocasiones que desearía ser un tirano, al menos por un día; b- los nombres propuestos para el gabinete muestran una alta homogeneidad ideológica con las ideas del presidente electo a los efectos de no tener desviaciones y desacuerdos como los que se dieron en su primer mandato; c- la esencia del partido republicano heredera de su condición de *Grand Old Party* se ha desvanecido y su lugar ha sido ocupado por MAGA y su perfil movimientista de fidelidad total con Trump; d- la idea de que las propuestas presidenciales se apliquen, sin mediación alguna, desde el mismo momento en que regrese al Salón Oval se ve fortalecida por la mayoría obtenida en ambas cámaras del Congreso, pero especialmente por la mayoría conservadora (6 vs 3) en la Suprema Corte de Justicia. Su dictamen de julio de 2024 otorgó inmunidad parcial a Trump a la hora de ser procesado por acciones que llevó a cabo durante su período en la Casa Blanca. Esto significa que el tribunal le otorgó "inmunidad absoluta contra el procesamiento penal" por aquellas acciones de carácter oficial que desarrolló durante su mandato, pero decidió que Trump carece de inmunidad en el caso de acciones no oficiales. En los hechos, Trump no continuará siendo investigado por ninguno de los cargos de los que se lo acusaba durante su primera presidencia y por ningún otro que surja durante su segunda gestión.

Otro aspecto relevante, consonante con la batalla cultural propuesta por otras derechas extremas, es la idea fuerza de destruir el Estado profundo (*the deep state*). Esta labor ha sido asignada al Departamento de Eficiencia Gubernamental cuya conducción estará en manos de Vivek Ramaswamy y Elon Musk. Si bien se lo denomina "Departamento" este será un órgano asesor para que los empresarios no deban abandonar la gestión de sus empresas. Los anuncios realizados por Musk

-a quien por estos días lo llaman co-presidente- destacan que reducirá el despilfarro, el fraude y los abusos del presupuesto federal. Sostuvo que recortará 2 billones de dólares del presupuesto por año, lo que según Jeffrey Frankel, equivale al 31 % del gasto anual de Estados Unidos y al 7% de su PIB. Estas propuestas abren el escenario para que el dominio de los empresarios "tecno-utópicos" sobre el Estado nación y la creación de un orden internacional pos-estatal, tal como lo anticipó Ian Bremmer, comiencen a concretarse. Pero quizás lo que más llama la atención es que de llevarse a cabo esta política simultáneamente a una nueva reforma impositiva que recortaría impuestos a los ricos, los ingresos del fisco estadounidense se verían muy afectados y el recorte sobre la seguridad social y otros programas sociales sería drástico, siendo sus consecuencias devastadoras no sólo para la burocracia del *Deep State*, sino también para buena parte del pueblo que Trump dice defender.

Una tercera tendencia abarca el campo de las relaciones cívico-militares. La literatura especializada coincide en subrayar que con posterioridad a la Guerra de Vietnam los militares estadounidenses se volvieron más politizados y más conservadores. Consecuentemente, las preferencias por el partido republicano superan el 60% entre quienes están en actividad y algo más entre quienes ya se han retirado.

La pregunta entonces es porqué Trump que anunció que desea Fuerzas Armadas poderosas y con un presupuesto adecuado, ha mencionado que creará "una junta de guerreros" conformada por generales retirados que juzgará quienes serán los militares de 3 y 4 estrellas que permanecerán en sus cargos. Las respuestas abarcan distintas facetas. El presidente electo desea ejercer un efecto ejemplificador/castigo sobre aquellos militares que como Jim Mattis, John Kelly, HR McMaster, Mark Milley cumplieron funciones en su primer gobierno y luego de esa experiencia han sido muy críticos con él; también pretende anular las políticas de género dentro de las Fuerzas establecidas desde la administración Clinton y, finalmente, no desea volver a enfrentar mandos militares que invocando los límites constitucionales se niegan a cumplir sus órdenes como cuando les solicitó que lo acompañaran en tareas de represión interna contra las manifestaciones por la muerte de George Floyd o en su propuesta de no entregar la Casa Blanca a Biden. Más allá de las afinidades ideológicas la negativa de los militares, especialmente el 6 de enero de 2021, junto a la del entonces Vicepresidente Mike Pence, salvaron la transición de poder. Esta es una decisión que Trump parece no perdonar. Es por ello que la cita de Jeffrey Goldberg, publicada en un artículo en *The Atlantic*, donde comenta una conversación entre el entonces presidente y un grupo de generales, y donde Trump habría afirmado: "*I need the kind of generals that Hitler had*", no suena tan inverosímil.

La idea de alteración de las relaciones cívico-militares derivada de las preferencias anti-constitucionales del presidente y no de la desobediencia militar, es aún más preocupantes en el marco de una estrategia que Juan Tokatlián denominó "primacía con repliegue". En este contexto, las fuerzas armadas desde la perspectiva de Trump no deberían participar de nuevos escenarios de guerras, pero sí de aquellas agendas desde las cuales se piensa construir primacía partiendo del supuesto de que el resto mundo debe sí o sí obedecer. Esto involucra

temas internacionales e internos como migraciones, comercio, narcotráfico, competencia tecnológica, posible oposición política y movilización interna, entre otros. En breve, analizar la futura influencia de Trump involucra tener siempre en cuenta su agenda doméstica. Que el resto obedezca no sólo será una cuestión de poder y narrativas, sino también de la capacidad y voluntad política que muestren de las distintas contrapartes para defender sus propios intereses.

El comercio como arma en Trump 2.0 y sus efectos para Argentina¹

Por **Julieta Zelicovich**

El 20 de enero de 2025, Donald Trump asumirá su segunda presidencia en Estados Unidos, marcando una nueva etapa de su política "*America First*". Con ello se profundiza la competencia geoeconómica y la fragmentación global.

La primera presidencia de Trump dejó huellas profundas en el sistema internacional, especialmente en la dimensión económica. Con la competencia con China como eje de su gestión, Trump recurrió a aranceles y restricciones sobre comercio e inversión pateando el tablero de la gobernanza global. Biden ajustó estas políticas al ideario demócrata con el *Chips and Science Act* y la Ley de Reducción Inflacionaria (IRA, por sus siglas en inglés). Sin embargo, el proteccionismo y la competencia con China continuaron como ejes centrales, formando un nuevo consenso en Washington respecto de la política comercial externa.

La nueva presidencia de Trump promete redoblar estas tendencias. Los anuncios han puesto una vez más al comercio como arma de las estrategias geopolíticas. Trump propone un arancel general del 10%-20% para todas las importaciones y hasta un 60% para bienes provenientes de China, además de condicionar otros aranceles al cumplimiento de políticas migratorias, de lucha contra el narcotráfico o de comercio de países vecinos como México y Canadá. Estas medidas, sumadas a la promoción del "compre americano" y subsidios a industrias clave, auguran un escenario global más proteccionista y competitivo.

Para Argentina, Estados Unidos es un socio crucial tanto en el ámbito financiero –debido a su influencia en el FMI– como en el comercial. En 2023, EEUU representó el 8% de las exportaciones argentinas, destacándose en combustibles, aluminio, vino y frutas procesadas. También es el principal inversor extranjero, con un 19% del total de inversiones directas. Sin embargo, Argentina tiene una relevancia marginal para Estados Unidos, representando solo el 0,18% de sus importaciones. Esta asimetría expone a Argentina a riesgos significativos, especialmente frente a las promesas electorales de Trump.

Si bien Trump y Milei comparten una serie de definiciones ideológicas, especialmente en lo que hace a la llamada "batalla cultural" o "agenda anti *woke*", tienen enfoques opuestos en lo que respecta a la política económica, con una baja intensidad de intereses específicos en Washington respecto de la Argentina.

En 2018 el vínculo existente entre Macri y Trump no fue suficiente para que Argentina evitara la imposición inicial de los aranceles al acero y aluminio,

¹ Una versión más extensa de esta nota fue publicada en la edición de diciembre de Le Monde Diplomatique.

teniendo que negociar su remoción. En 2025 la historia podría repetirse, siendo Argentina vulnerable a la nueva política arancelaria. A ello hay que sumarle los efectos sobre la inflación global que acarrearán estas medidas, y las pérdidas de negocios asociadas al alejamiento de EEUU de la agenda de transición energética.

Por ello, es prioridad para Argentina contener externalidades negativas de la política económica de Trump. Hay poco espacio para una política de acuerdos de libre comercio en Washington, siendo más provechoso la búsqueda de instrumentos más acotados. El *Make America Great Again* no es *Make Argentina Great Again*, y cabe advertir sobre los riesgos de una aproximación ingenua a Washington.

La vuelta de Trump y sus impactos en la política climática y energética doméstica e internacional

Por **José Fernández Alonso**

El inminente retorno de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos habilita a presumir una reconfiguración significativa de las políticas climática y energética del país, todo lo cual redundará en una multiplicidad de cimbronazos de alcances insondables en el plano global. En este respecto, debe comenzar por repararse que en caso de reeditarse los lineamientos políticos desplegados entre los años 2017-2021 y ejecutarse efectivamente los discursos durante la campaña presidencial, el segundo mandato de Trump replicará iniciativas en pos del desmantelamiento de normativas ambientales –climáticas, en particular– y agencias gubernamentales de aplicación, al identificarlas como frenos a la actividad económica y, junto a ello, al plan motor de “hacer a Estados Unidos grande otra vez”. En ese mismo tenor, la segunda administración del republicano habrá de imprimir un nuevo repliegue de los compromisos internacionales de Estados Unidos en dichas materias. En este marco, deviene importante señalar que en junio de 2017 –esto es, a menos de seis meses de asumir su primer mandato– Trump anunció el retiro de Estados Unidos del Acuerdo de París (AP), una de las piedras angulares del multilateralismo en la lucha contra el cambio climático. No son pocos los expertos que sostienen que la administración entrante replicará dicha decisión, desatando un vacío significativo en las negociaciones climáticas multilaterales. Más aún, algunos de ellos llegan a vaticinar sobre una salida de Estados Unidos de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), base del régimen internacional climático. Esta decisión sería muy difícil de revertir en el futuro habida cuenta de las dos terceras partes en el Senado que requeriría una nueva incorporación del país a la mencionada convención.

Por otra parte, tal como se dijo, el período presidencial a inaugurarse en enero de 2025 habría de implicar una reconfiguración en la política energética estadounidense, basada no ya en garantizar el autoabastecimiento energético sino asegurar el predominio del país en la producción energética a escala mundial. Esta reconfiguración, conviene agregar, se asentaría en un remozado impulso a la producción de energía basada en fósiles, a través de medidas desregulatorias y la ampliación de permisos de perforación en tierras federales. De la misma manera, el flamante mandatario buscará minimizar las políticas de fomento a las energías renovables, al cuestionar su carga fiscal.

Sin perjuicio de lo antedicho, debe concebirse que tales pulsiones por la reformulación de las políticas climáticas y energéticas de Estados Unidos contarán con ciertas contenciones, tanto en el ámbito doméstico como internacional tal como ocurriera durante el primer mandato. En la dimensión nacional, las modificaciones proyectadas habrán de ser menguadas por el

variopinto mosaico de actores –entidades subnacionales, empresas, individuos, entre otros– quienes urgen sobre el sostenimiento de la acción climática. En el plano internacional, el repliegue de Estados Unidos instará a otros actores a desempeñar un rol de mayor liderazgo –la República Popular China, por caso–, lo cual habrá de (re)generar tensiones en el diseño y ejecución de la política exterior estadounidense, hacia los Estados en desarrollo en especial, urgidos de recursos financieros para afrontar políticas de mitigación y adaptación en un contexto de ocurrencia cada vez más frecuente e intensa de fenómenos climáticos extremos.

El rol de Estados Unidos en las instituciones financieras de Bretton Woods bajo la segunda administración Trump

Por **María Florencia Guzmán**

El denominado "Project 2025", impulsado por el think tank conservador estadounidense Heritage Foundation, propone una serie de recomendaciones para el próximo presidente republicano del país, en este caso Donald Trump. Entre sus propuestas destaca la retirada de Estados Unidos de las instituciones financieras de Bretton Woods (BW), es decir, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). El propósito de esta medida es alinear tanto el desarrollo bilateral como la ayuda financiera a los intereses estratégicos del país.

Aunque durante su campaña Trump buscó distanciarse de este proyecto, su discurso proteccionista, junto con el estandarte de *America First*, representa un desafío para el multilateralismo. A pesar de que la agenda de *Project 2025* no logre materializarse, la propuesta de políticas cada vez más aislacionistas e introspectivas redefine las dinámicas geopolíticas, afectando directamente la gobernanza de BW, instituciones en las que Estados Unidos continúa siendo el mayor accionista. De allí que las nuevas elecciones presidenciales del país tengan implicancias cruciales para el FMI y BM.

Si bien aún es pronto para especular sobre las acciones de Trump en un segundo mandato, ciertos acontecimientos de su administración anterior (2017-2021) y decisiones recientes brindan indicios sobre el posible rumbo del país dentro de estas instituciones financieras.

Durante su primera presidencia Trump adoptó un enfoque nacionalista que priorizó los intereses económicos y estratégicos de Estados Unidos sobre los compromisos multilaterales. Esto afectó negativamente a las instituciones de BW, sobre las cuales ya mantenía una postura crítica. Cuestionó el uso de los recursos de estas instituciones cuando no se alineaban a sus intereses nacionales, rediseñando los rescates financieros para que coincidan con sus objetivos geopolíticos y geoeconómicos.

Un ejemplo de ello fue el acuerdo *stand-by* otorgado a Argentina durante la presidencia de Macri, el mayor crédito de la historia del FMI. La concesión de este préstamo fue facilitada por la injerencia de Estados Unidos, dado que la administración Trump consideraba a Macri como pieza fundamental en su estrategia geopolítica a nivel regional.

La postura negacionista respecto al cambio climático fue otra fuente de tensiones con las instituciones BW. Al retirar a Estados Unidos del Acuerdo de París, dificultó los intentos del FMI y BM de integrar la cuestión climática dentro de sus análisis, recomendaciones y programas de financiamiento. De esta

manera, limitó la capacidad de estas instituciones de otorgar líneas de financiamiento destinadas a la sostenibilidad ambiental.

De cara al futuro, la nueva elección de Trump genera incertidumbres respecto al financiamiento climático dentro del FMI y BM. Es predecible esperar que Trump minimice esfuerzos globales ante la lucha contra el cambio climático, en consonancia con su gestión anterior. Sin embargo, Kristalina Georgieva, directora del FMI, confía en que el sector privado de Estados Unidos continúe apostando en tecnología verde, independientemente de la postura gubernamental.

Por otra parte, la designación de Scott Bessent como secretario del Tesoro de Estados Unidos también sembró dudas respecto al futuro de las instituciones financieras. Entre sus funciones se destacan la de supervisar al FMI y BM. Bessent, conocido por abogar por la reforma fiscal y la desregulación, parece alinearse con la política de *America First*. Ello sugiere que Trump pueda buscar reformas en BW que refuercen sus intereses estratégicos, priorizando la agenda bilateral sobre el multilateralismo.

Por último, con un enfoque proteccionista y aislacionista, que desafía sin lugar a dudas la gobernanza global, la segunda administración Trump puede poner en jaque las instituciones de BW y propiciar reformas en su interior, de modo de que se encuentren alineadas a los intereses nacionales de Estados Unidos, alterando su rol en el sistema financiero internacional.

El retorno de Trump a la presidencia de Estados Unidos: ¿entre la reedición de la “guerra comercial” y la radicalización de la política hacia China?

Por **Carla V. Oliva**

En Estados Unidos existe consenso en torno a la visión de China como una amenaza a su condición de potencia hegemónica, sobre todo desde la perspectiva de la seguridad y la economía. Ante la ampliación de las capacidades y la influencia global de China, demócratas y republicanos coinciden en la necesidad de desarrollar estrategias destinadas a contener el avance de Pekín.

A partir de la candidatura de Donald Trump para las elecciones presidenciales de 2024, los *think tanks* chinos comenzaron a evaluar el impacto que tendría sobre su política internacional un nuevo mandato del republicano. Si bien el factor sorpresa no estará presente debido al conocimiento que supone su etapa anterior al frente de la presidencia (2017-2021), también es esperable un cierto grado de imprevisibilidad debido a la impronta personal de Trump.

Mientras China propone gestionar la presente etapa de la pugna hegemónica sobre la base del respeto mutuo, la coexistencia pacífica, el diálogo y la comunicación, la elección de Trump pone el foco en la potencial agudización de las tensiones. En particular, centra la atención en el comercio, la tecnología y la cuestión de Taiwán, considerada ésta como una línea.

En el nivel comercial, en la campaña electoral Trump anunció la imposición de un arancel 60% o más a todas las importaciones provenientes de China. Dicha medida iría en línea con las tarifas y limitaciones a las importaciones de dicho país asiático durante su primer mandato, las cuales se mantuvieron en la administración Biden. Este nuevo paquete de aranceles se realizaría en un contexto diferente, en tanto China ha reducido su participación en las importaciones estadounidenses como consecuencia del redireccionamiento de las rutas de bienes que llegan a Estados Unidos vía otros países –como México y Vietnam–, para evitar los gravámenes.

En el nivel tecnológico, durante su primer mandato, Trump enfrentó a las empresas tecnológicas chinas –entre ellas a Huawei– bajo el argumento de que representaban amenazas a la seguridad de Estados Unidos. Es claro que la reducción de la brecha tecnológica es una preocupación de Estados Unidos, motivo por el cual este será un tema central de la nueva administración.

En referencia a Taiwán, mientras que en la primera administración asistimos a un acercamiento, en la última campaña Trump acusó al gobierno de robar la industria estadounidense de chips y sostuvo que tiene que pagar por su propia seguridad. Estos planteos generan una sensación de vulnerabilidad en la isla

porque brindan señales contradictorias, con lo cual es probable que Trump articule su política con China y Taiwán en un escenario de ambigüedad.

Para la etapa que se inicia el 20 de enero de 2025 se abren dos posibilidades. Por un lado, se espera que Trump mantenga una política exterior similar a la de su primer mandato, caracterizada por el aislacionismo, el proteccionismo y el unilateralismo. En ese marco, es imaginable una reedición de las tensiones comerciales y de la narrativa de confrontación con China, que en 2020 alcanzó su punto máximo durante la pandemia del COVID-19, cuando Trump hablaba de "virus chino" y China respondía tanto diplomáticamente como mediante caricaturas en sus medios de comunicación oficiales.

Por otro lado, es dable pensar en una radicalización en la nueva administración. Una señal en tal dirección estaría dada por la conformación de su gabinete con políticos anti chinos como Marco Rubio y Mike Waltz. El primero asumirá como secretario de Estado y el segundo como asesor de Seguridad Nacional. Rubio ha liderado varias iniciativas contrarias a China, entre las que se encuentran un proyecto de ley para sancionar a los países que rompieran relaciones diplomáticas con Taiwán para establecerlas con China y la petición del cierre de los Institutos Confucio. En 2020, Pekín sancionó a varios legisladores estadounidenses, entre los que se encuentra Rubio. La medida se produjo como respuesta a lo que se consideró como una intromisión en los asuntos internos de China, puesto que Washington sancionó a funcionarios chinos en virtud de la aplicación de la Ley de Seguridad Nacional de Hong Kong. Por lo tanto, la imposibilidad de que el secretario de Estado ingrese a China este será uno de los primeros temas a destrabar en las negociaciones entre ambos países. Por su parte, Waltz, un conocido halcón anti china, sostiene que el gobierno de Xi Jinping es un enemigo de los valores occidentales y critica las políticas internas de China. En los últimos días ha planteado que la atención debe centrarse en contrarrestar la mayor amenaza que tiene Estados Unidos, el Partido Comunista Chino.

Además de tomar en consideración las nuevas tensiones que podrían surgir en virtud de la conformación del gabinete, es previsible un aumento de la presión comercial, dado que, como ya se mencionó, el presidente electo anunció la imposición de un arancel del 60% a todas las importaciones chinas.

Como en el período anterior, el nuevo gobierno de Trump podría representar una amenaza y una oportunidad para China. La amenaza provendría de las presiones al comercio y la tecnología y a un potencial acercamiento a Taiwán, mientras que la oportunidad estaría dada por los espacios que volvería a ceder la nueva administración y que, en virtud de los antecedentes, posicionarían a China como defensor de la globalización y la apertura, fortaleciendo su presencia en los espacios multilaterales. También es probable que el gabinete manifieste una postura más confrontativa hacia Pekín, pero siempre dejando un espacio para la negociación presidencial como válvula de escape a la escalada de tensiones.

Rusia en el escenario de Trump Presidente 2025

Por **Jorge Santiago Rojas**

Las últimas elecciones en Estados Unidos y sus resultados generaron un marco de incertidumbre para el escenario de la guerra entre Rusia y Ucrania. Esto se debe a que la victoria de Donald Trump sienta las bases de un nuevo contexto político internacional totalmente diferente al actual.

Por un lado observamos que a lo largo de la campaña electoral, Trump planteó en reiteradas ocasiones que si él hubiese sido presidente de Estados Unidos la guerra no hubiese existido y que si retorna a la Casa Blanca logrará la paz entre Rusia y Ucrania en menos de un día. A la par de esto se han observado en diferentes oportunidades halagos entre Donald Trump y Vladimir Putin, lo que da cuenta de la afinidad política que ambos líderes tienen al día de hoy.

Por otro lado, el diseño de política exterior para Estados Unidos de la próxima administración republicana difiere sustancialmente de la implementada por Joe Biden durante estos últimos 4 años. El presidente electo ha dicho que Estados Unidos debe retraerse de los asuntos internacionales para concentrarse en la defensa del trabajo norteamericano y en su disputa contra China, su principal rival según los republicanos. En este sentido el financiamiento de la defensa y seguridad de Europa, el apoyo financiero y diplomático a Ucrania y la injerencia de Estados Unidos en otros escenarios internacionales son vistos como una pesada y onerosa carga para los contribuyentes estadounidenses. En este sentido Trump propone dejar de financiar a aliados y retirarse de los espacios que considera no prioritarios para los intereses nacionales norteamericanos.

En función de lo antes expuesto, Ucrania no parecería ser una prioridad para la política exterior de Trump. En la cumbre que los primeros días de noviembre llevaron adelante en Budapest los países europeos se comenzó a divisar un futuro cercano con poca injerencia de los Estados Unidos en los asuntos europeos y un retraimiento del financiamiento en la guerra de Ucrania-Rusia. En este sentido Macron planteó la necesidad de volver a pensar los intereses desde Europa y para Europa y Viktor Orbán llegó a proponer un pronto cese al fuego ya que la Unión Europea no podrá afrontar en soledad el financiamiento de la guerra. En sintonía con esto Zelensky, el presidente ucraniano, ya ha comenzado a dar señales de estar dispuesto a un posible acuerdo para ponerle punto final a la guerra. Lo que antes era impensado, hoy parece posible y esto se debe en gran parte a las expectativas que los europeos y ucranianos tienen con respecto a las prioridades externas de Estados Unidos con Trump en la Casa Blanca.

No obstante, a pesar de estos análisis y cálculos a mediano plazo, lo cierto es que el escenario bélico en Ucrania es incierto. Para el 20 de enero –fecha en que asume Trump la presidencia– falta mucho y en muy poco tiempo una escalada militar se puede volver irreversible. Hace unas semanas el gobierno de Biden

aprobó un último crédito no reembolsable para Ucrania y les permitió hacer uso de misiles de mediano alcance en suelo ruso –a pesar de las constantes advertencias de Putin en torno a que si eran atacados con este tipo de armamentos iban a interpretarlo como un ataque de la OTAN en su conjunto–. La respuesta rusa no se hizo esperar y demostraron una vez más la ventaja estratégica con la que cuentan en la actualidad. Desde Moscú se habilitó por primera vez el uso de un misil supersónico Oreshkin contra instalaciones e infraestructura ucraniana. Este ataque fue una muestra más del poderío militar que posee Rusia y de que las advertencias son cumplidas.

Falta mucho todavía para que Trump asuma y en la guerra todo vale. Si bien las intenciones de Trump son claras con respecto a este tema: ponerle un punto final al conflicto, lo cierto es que un hecho consumado de no retorno podría hacer muy difíciles las negociaciones de paz. En la actualidad Rusia ya ocupa el 18% de los territorios ucranianos internacionalmente reconocidos y tienen una ventaja en el campo de batalla que no están dispuestos a ceder. Menos aún cuando en unos meses comenzarán unas hipotéticas negociaciones de paz. Hasta el 20 de enero es probable que Rusia busque seguir avanzando para sentarse a negociar en mejores condiciones. Por su parte los ucranianos luego de la derrota de la ofensiva en territorio ruso están en franca retirada en lo que respecta al escenario militar. A esto se suma que las expectativas de que persistan los apoyos diplomáticos y financieros son cada vez más bajas. Esta guerra está a punto de cumplir 3 años y ya hay síntomas de cansancio, no solo en el bando ucraniano, sino también en toda Europa. Solo falta ver qué escenario internacional recibirá Donald Trump a finales de enero del 2025 y cómo puede maniobrar para lograr una paz que sea reconocida por la comunidad internacional, pero sobre todo y más importante todavía, que sea sostenible en el tiempo. Lo mas probable es que esa paz llegue con una Ucrania partida a la mitad y una Rusia fortalecida en el Mar Negro.

La Argentina y Brasil frente a un Trump 2.0. Las dos caras de la moneda²

Por **Esteban Actis**

En Brasilia y Buenos Aires las elecciones en los EEUU se vivieron con una intensidad pocas veces experimentadas. Si los resultados de ese acontecimiento político siempre son importantes para Brasil y Argentina (como para cualquier país del mundo por su impacto sistémico) ésta en particular fue percibida como determinante tanto para los proyectos políticos, la inserción internacional y el devenir económico. Cualquier resultado implicaba efectos antagónicos sobre el Palacio Planalto como sobre la Casa Rosada, como dos caras de una misma moneda. La contienda electoral que se miraba desde una lejana tribuna dado que no existe capacidad alguna de incidencia, iba a provocar inexorablemente –como quien apuesta en una carrera de caballos– un ganador y un perdedor. La mañana del miércoles trajo caras largas, preocupación y mucha incertidumbre en la ciudad diseñada por el arquitecto Oscar Niemeyer, mientras que hubo júbilo, euforia y festejos en las oficinas gubernamentales de la “París latinoamericana”.

La concentración de la suma del poder público y político de Trump 2.0 (control bicameral y afinidad con la justicia) reforzará la importancia –mucho más que en su primera experiencia como presidente– de contar con fluidas relaciones interpersonales, lograr distintos puntos de acceso a la Casa Blanca, como así también tener poder de negociación en lo que se espera que sea una más dura diplomacia transaccional en la dinámica bilateral, hemisférica y global. Los *checks and balances* de la democracia estadounidense y los actores con capacidad de veto sobre el ejecutivo serán menores de lo ocurrido entre 2017-2021.

Queda claro que los caminos se bifurcan. Mientras Lula perderá desde enero de 2025 interlocutores y capacidad de acceso a las burocracias de Washington (por el poder relativo de Brasil los canales de comunicación y diplomáticos seguirán abiertos), el gobierno de Milei tendrá línea directa (e indirecta con algunos empresarios del Silicon Valley) para intentar lograr ciertos objetivos de su gestión, por ejemplo en una excepción de una medida arancelaria o como todos esperan en la intervención directa frente al *board* del FMI para que apoye las peticiones del país en cuanto al tamaño y desembolso de un nuevo acuerdo.

Este punto es clave. Para los emergentes, el triunfo de Trump es una mala noticia. Altas tasas y proteccionismo implican un dólar fortalecido, presión devaluatoria y una baja en los precios de las materias primas. Los países con fuertes desajustes fiscales –Brasil es uno de ellos– tendrán un frente externo muy complicado. Además, si Trump intensifica la guerra comercial con China, es

² Estas líneas fueron publicadas en la Revista Panamá <https://panamarevista.com/la-argentina-y-brasil-frente-a-un-trump-2-0/>

de esperarse que la respuesta de Beijing sea cambiaria (devaluando el Yuan) con lo que para los entramados productivos e industriales locales la "sobrecapacidad" de China será imparable por el lado importador. La dinámica descrita son efectos de mercado, tendencias muchas veces ajenas a la botonera de la Casa Blanca. Sin embargo, ante ese escenario generalizado, quienes tengan *access points* en Washington podrán tener una herramienta para intentar paliar los costos u obtener alguna zanahoria. Aquí hay un punto para Milei. Ahora bien, las relaciones interpersonales y la afinidad política no reemplazan en política internacional el peso relativo de un actor en la estructura internacional. Brasil, a diferencia de Argentina, es un *geopolitical swing state* clave en el devenir de la fragmentación geoeconómica, con un peso gravitacional que le da poder de negociación estructural gobierne quien gobierne en Washington. Si Argentina tiene visibilidad coyuntural, Brasil tiene peso regional. Punto para Lula.

Para el devenir de los proyectos políticos los resultados electorales del 5 de noviembre no son inocuos. El bolsonarismo como oposición es un perro que muerde. Con Kamala y los Demócratas Lula podía contar con una correa que atemperase su virulencia y ferocidad, como quedó demostrado en la injerencia de Washington para evitar el intento de Bolsonaro no reconocer la victoria de Lula. La llegada de Trump seguramente empodere y alimente las pulsiones de los sectores más radicalizados en socavar la gobernabilidad del actual gobierno. Bolsonaro buscará que el líder republicano presione a través del Departamento de Justicia a los magistrados de la Corte Suprema para lograr la amnistía que elimine su inhabilitación. Cabe recordar, además, la pelea entre Elon Musk (uno de los grandes ganadores del proceso electoral) y las autoridades brasileñas no hace mucho tiempo. El tecno-utópico tributará con sus algoritmos y su influencia política para un cambio político en Brasil, de eso no caben dudas. Para el libertario argentino el efecto es todo lo contrario. Su proyecto de poder se fortalece de cara a las elecciones de medio término del 2025, tanto desde la cuestión material como hemos descrito como desde el fortalecimiento de la narrativa de las *alt-right* globales. Una amplificación de su visibilidad internacional tendrá efectos domésticos frente a una oposición desarticulada y aturdida.

Por último, el impacto electoral será importante en la política exterior. Para Milei el triunfo de Trump representa un espaldarazo a su opción por el plegamiento a Washington, que además de una opción de orientación estratégica ahora se complementa con un mimetismo político y personal. Tendrá el más fuerte aliado para seguir poniendo en el centro de su política exterior la batalla cultural y las críticas a agendas (como la ambiental y de género) en distintos foros internacionales. Además, el abrazo de Milei a la "tecno-polaridad" (la importancia del espacio digital y las *Big Tech* sobre el espacio físico y las relaciones entre los estados) será retribuido desde los empoderados empresarios cercanos a Trump. Para Lula, al contrario, implica recalibrar su política exterior. En este escenario el acuerdo Mercosur-Unión Europea se vuelve imperioso desde lo geopolítico más allá del *trade off* comercial. Brasilia y Bruselas necesitan una "autonomía estratégica relacional" que le de oxígeno frente a los desplantes y el *bullying* que seguramente sufrirán por parte de Trump.

Para la dinámica bilateral, cualquier resultado de las urnas representaba una nueva fuerza centrífuga, ésta de carácter externo. La polarización y la disfuncionalidad al interior de Washington se traspola dadas las contrarias apuestas realizadas y preferencias –no disimuladas– en torno al proceso electoral, lo que alguna vez –no hace mucho tiempo– fue catalogada como la “alianza estratégica” de América Latina.

Una nueva administración de Donald Trump: posibles implicancias para América Latina

Por **María Eva Pignatta**

El regreso de Trump como presidente de Estados Unidos en 2025 tendrá un impacto significativo para América Latina de múltiples dimensiones que supone continuidades que no están exentas de matices y modificaciones a la luz de un orden mundial en transición, un crecimiento de las propuestas de extrema derecha del que la región no escapa y del perfil del nuevo gobierno y sus principales funcionarios con peso en la definición de la política exterior.

En un orden mundial en proceso de cambio y frente a la pérdida relativa de hegemonía de Estados Unidos y al ascenso de China, el eslogan "*Make America Great Again*" —resumido por la sigla "MAGA" y ya presente en su primer mandato (2017-2021)— vuelve al ruedo y encuentra en América Latina una resonancia particular de la mano de líderes como Jair Bolsonaro, Nayib Bukele y Javier Milei, que se muestran afines a la propuesta trumpista. A su vez, a fin de evitar la pérdida de primacía en el continente americano, esto se conjuga con una nueva revitalización de la Doctrina Monroe que imagina una "América para los americanos" que ponga límites a la presencia de potencias extrahemisféricas y en particular de China.

Si desde el punto de vista del rol de Washington frente en el orden mundial el debate con Trump como presidente parece zanjarse a favor de un repliegue relativo de Estados Unidos, el control de ciertos conflictos y, para ello, alcanzar "la paz por la fuerza"; desde una perspectiva regional la idea de concentrarse en áreas de influencia y enfocarse en la confrontación con China supone un reforzamiento de la presencia y los condicionamientos de Washington hacia América Latina y el Caribe.

A lo mencionado, se suma la nominación como secretario de Estado del conservador Marco Rubio, senador por el estado de La Florida de origen cubano-americano, definido como un "halcón" en materia de política exterior en general y sobre América Latina en particular, que se expresa en sus duras posiciones contra los gobiernos de Venezuela, Cuba y Nicaragua, así como por sus críticas a los gobiernos progresistas y su afinidad con gobiernos de derecha y/o de extrema derecha. Aunque la nominación de Rubio es percibida por algunos analistas como señal de una mayor atención por parte de Estados Unidos hacia la región, lo que hasta el momento resulta claro es que el enfoque que predomine hacia la región estará permeado por una perspectiva ideologizada con tendencia a una lógica polarizadora.

En este marco, se entrecruzan dos líneas de análisis complementarias: por un lado, el enfoque desagregado que ensaya Estados Unidos sobre América Latina en función del tipo de relación y los intereses en juego con determinados

Estados y subregiones; y, por otro lado, las posibles implicancias de temas de la agenda interna con derivaciones significativas para determinados estados o subregiones. En el caso de México, tal como lo muestra Guadalupe Dithurbide en su artículo, estas dos líneas convergen: México es el socio principal comercial de Estados Unidos y uno de los posibles afectados por las propuestas de Trump durante la campaña que incluyeron deportaciones masivas de inmigrantes, suba de aranceles a las importaciones incluyendo a los integrantes del T-MEC y la posibilidad de operaciones militares en territorio mexicano para luchar contra los carteles y el tráfico de drogas como el fentanilo.

Una nueva administración de Trump, ahora con el control de las dos cámaras del Congreso y con una mayoría conservadora en la Corte Suprema, también trae consigo una mayor preocupación por la calidad de la democracia en Estados Unidos y sus posibles implicancias externas. Los antecedentes en esta materia no son alentadores. La aplicación por parte de Estados Unidos de políticas de doble estándar en las cuales el estándar de la democracia es jerarquizado o subordinado de acuerdo a otros intereses no es algo nuevo. Además, las características personales de Trump, en particular su apoyo explícito a líderes como Jair Bolsonaro en Brasil o Nayib Bukele en El Salvador, así como sus críticas y comentarios despectivos sobre la región o sobre ciertos gobiernos, podrían ser una fuente de tensiones.

Por último, aparece el interrogante acerca del perfil que asumirá multilateralismo a nivel regional y hemisférico en el marco de la nueva presidencia de Trump. Si se repite la tendencia de su anterior mandato, predominaría el enfoque unilateral, una jerarquización del bilateralismo sobre los esquemas multilaterales y el control de los espacios multilaterales, lo cual no es un dato menor de cara a la elección del próximo secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) en marzo de 2025, elección en la que confluirán los posicionamientos de sus miembros y, en función del peso de Washington sobre el organismo, la propia agenda de Trump.

El desafío de Claudia Sheinbaum de sostener una relación de cooperación sin subordinación en la segunda presidencia de Trump

Por **Guadalupe Dithurbide**

El miércoles 6 de noviembre la presidenta de México, Claudia Sheinbaum, afirmó en su habitual conferencia de prensa mañanera –tradición heredada de Andrés Manuel López Obrador (AMLO)– que estaba convencida de que habrá una buena relación entre México y los Estados Unidos durante el segundo gobierno de Donald Trump. Les expresó a sus connacionales que viven al norte de la frontera, a los familiares de éstos en el país y al empresariado que no había motivo de preocupación. Al día siguiente, a las 9:30 hs tuvo lugar la primera llamada telefónica protocolar entre ambos mandatarios, en la que sólo cruzaron felicitaciones por sus elecciones y no profundizaron sobre la sensible agenda bilateral. Eso sí, fuera del libreto Trump le pidió a Sheinbaum que le mande saludos al ex presidente López Obrador.

La convivencia de tres años entre AMLO y Donald Trump dejó algunos aprendizajes que nos ofrecen indicios de lo que podría esperarse del vínculo bilateral, especialmente en el estilo de negociación del presidente estadounidense. No obstante, el proyecto político actual de Trump es una versión más profunda del “MAGA” de 2017, uno que le dio durante la campaña un lugar destacado a la narrativa en torno a la fortaleza, a cierta masculinidad y a la idea de lucha (*Fight!*) para defender al país de las amenazas externas e internas –más aún luego del intento de asesinato sufrido en Pensilvania el 13 de julio simbólicamente retratado con un Trump con el rostro ensangrentado y con el puño en alto. Por su parte, Claudia Sheinbaum es una mujer con una vasta experiencia científica y de gestión pública en la disciplina de la energía y el ambiente: fue Secretaria de Ambiente de la Ciudad de México entre el 2000 y el 2005 e incluso ha contribuido al Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático con dos reportes en 2007 y 2014. El contraste de los perfiles ideológicos y políticos de Sheinbaum y Trump es evidente, sin embargo la relación bilateral de México y Estados Unidos tiene sus propias dinámicas y se trata de un vínculo estructural tan profundo que es conveniente no asignarle un peso explicativo determinante a las personalidades de los mandatarios.

Migraciones, crimen organizado, comercio y transición energética son algunos de los temas que edifican la agenda bilateral mexicano-estadounidense. Son, además, puntos destacados de la plataforma electoral que le dio la reciente victoria a Trump, todas ellas en una clave de conflicto con su vecino del sur con *America First* como lema.

Incluso la transición energética, que el gobierno mexicano de AMLO había logrado revertir desde un tema ríspido con la administración Biden hacia un ámbito de cooperación³, hoy vuelve a aparecer como un interrogante: Sheinbaum prometió en su plataforma electoral que las energías renovables y la eficiencia energética serían una característica de su gobierno, mientras que Trump calificó a la política de Biden como una “estafa” (*the green new scam*, en un juego de palabras con el *Green New Deal*) y anunció que terminaría con la misma. Más allá de la retórica incendiaria de la campaña, diversos sectores académicos estadounidenses se han manifestado sobre la inconveniencia de finalizar las políticas climáticas de Biden para el interés nacional, ya que la transición energética es inevitable y retirarse de esta competencia sólo dejaría lugar para un crecimiento de los rivales comerciales de los Estados Unidos, entre los que se destaca China.

La agenda comercial es sin dudas el núcleo del vínculo bilateral, y el tema ofrece diferentes escenarios de análisis para el futuro. El Gobierno de México se jacta hoy de ser el primer socio comercial de los Estados Unidos con una balanza favorable de US\$23,986M⁴, sin embargo la alta dependencia del sector exportador mexicano del mercado estadounidense (83%) y de las inversiones estadounidenses en el sector manufacturero (el 41% de la IED es de origen estadounidense y se dirigió en un 36% a dicho sector) lo posiciona en una situación de vulnerabilidad ante la agenda que propuso Trump en su campaña.

El presidente electo, un transaccional que genera negociaciones y vinculación de cuestiones con sus socios de forma permanente, ya ha utilizado en el pasado la carta comercial como palanca para obtener beneficios de México en temas de alta relevancia en agenda doméstica, como las migraciones y seguridad en la frontera: en 2019 la amenaza de Trump de imposición de aranceles a las importaciones mexicanas abrió un canal de negociación que finalizó con el compromiso del gobierno mexicano de enviar la Guardia Nacional a su frontera sur y adoptar una serie de medidas para frenar el flujo de migrantes centroamericanos que atravesaban el territorio mexicano para llegar a los Estados Unidos. Este año en un mitin de campaña en Michigan Trump conmemoró este episodio en un tono de burla para destacar su “fortaleza” como negociador y de qué modo obtuvo todo lo que quiso de México.

Es esperable que la próxima administración de Trump vuelva a utilizar esta estrategia para obtener posiciones favorables en negociaciones en otras dimensiones. A diferencia de su primer mandato, en el que forzó a sus socios a rediscutir los términos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, en esta oportunidad cuenta con una ventaja ya que está establecido que el T-MEC

³Al comienzo de su mandato el gobierno de AMLO apostaba a una matriz energética sustentada en fósiles e hidrocarburos, recuperando la identidad mexicana de potencia petrolera con una fuerte presencia estatal con PEMEX como insignia, mientras Biden con la Ley IRA de 2022 favorecía el crecimiento del sector de las energías limpias.

⁴ Datos de la Secretaría de Economía de México disponibles en el portal Data Mexico <https://www.economia.gob.mx/datamexico/es/profile/country/estados-unidos#comercial-exchange> (visitado el 21/11/2024)

será revisado en 2026. Además, es cada vez mayor la presión de sus dos socios del Norte sobre el gobierno mexicano para amortiguar el peso de la creciente presencia china en la economía nacional. El objetivo de Claudia Sheinbaum es mantener el compromiso de los tres socios con el Acuerdo destacando los beneficios que implicó para todas las partes –como contra narrativa a que México se ha beneficiado del acuerdo en detrimento de los estadounidenses–, tarea en la que ya obtuvo el apoyo de Justin Trudeau, en la cumbre del G-20 en Río de Janeiro donde abordó también el tema en un encuentro del Joe Biden.

Claudia Sheinbaum insiste en la postura que tuvo AMLO durante los años de convivencia con Trump en la Casa Blanca: México es un país soberano e independiente y la relación con los Estados Unidos será de cooperación sin subordinación. El desafío que enfrenta durante la segunda presidencia del republicano es grande, toda vez que éste en campaña prometió una administración que redoblará los esfuerzos para hacer a Estados Unidos grande otra vez a cualquier costo.

El adiós a una reforma migratoria integral: el plan de deportación masiva de Trump en su segundo gobierno

Por **María Florencia Marina**

Uno de los principales desafíos intermésticos que deberá afrontar la administración entrante en Estados Unidos (EEUU) es el de la migración. Durante el gobierno de Biden, la cantidad de personas migrantes que intentó ingresar al país a través de su frontera sur llegó a números récord, lo que puso en evidencia la fuerte dificultad para gestionar dicho fenómeno de forma eficaz.

La política migratoria se erigió como uno de los temas en torno a los cuales giró la campaña presidencial, en tanto la mayoría de la opinión pública estadounidense venía manifestando su insatisfacción con el accionar demócrata. Fiel a su estilo grandilocuente, así como en los comicios de 2016 Trump había buscado atraer votantes proponiendo la construcción del muro, en esta ocasión ha adelantado que su política migratoria estará centrada en llevar a cabo "la mayor deportación masiva en la historia de los EEUU".

Con esta radical propuesta el gobierno electo intenta no solo diferenciarse del actual, sino también pisar el acelerador en su lucha contra la migración irregular e ir más allá de lo implementado entre 2017-2020. Ahora el objetivo serán los –aproximadamente– 11 millones de migrantes indocumentados que están distribuidos a lo largo de todo país, los cuales en su gran mayoría residen en él hace décadas.

La viabilidad del plan está lejos de quedar garantizada, tanto en términos legales como presupuestarios y logísticos. Hasta el momento, el republicano no ha brindado mayores precisiones sobre cómo se financiaría y materializaría un programa de tal envergadura. De ejecutarse como ha sido anunciado, esto es, alcanzando 1 millón y medio de deportaciones anuales, el proyecto implicaría un exponencial aumento del presupuesto y una movilización de recursos humanos y materiales sin precedentes, teniendo en cuenta que cada proceso de deportación es complejo y requiere el involucramiento de diversas agencias gubernamentales e, incluso, la colaboración de terceros Estados. Trump sí ha indicado su intención de aplicar la antigua, ignota y polémica Ley de Enemigos Extranjeros⁵ como marco legal para las deportaciones, aspecto que reviste un fuerte peligro para los derechos de las personas migrantes, ya que permitiría expulsiones automáticas sin que se respete el debido proceso.

⁵ Esta ley es una de las cuatro Leyes de Extranjería y Sedición, las cuales fueron sancionadas por el Congreso estadounidense en 1789. La misma autoriza la deportación inmediata de inmigrantes provenientes de países considerados "enemigos" de EEUU. Si bien sigue vigente, está en desuso: fue aplicada por última vez durante la Segunda Guerra Mundial en perjuicio de inmigrantes japoneses, alemanes e italianos.

Cabe recordar que los republicanos han instalado la noción de que la seguridad nacional –e inclusive la identidad estadounidense– está bajo amenaza debido, entre otras cosas, a la migración. En este sentido, han culpabilizado a la administración demócrata por hacer que las fronteras estadounidenses permanezcan “abiertas” y “fuera de control”, permitiendo así el ingreso de “criminales y asesinos”. Desde esta visión, es altamente previsible una mayor securitización del tratamiento migratorio y, en efecto, Trump ha adelantado que promoverá la participación de las fuerzas armadas tanto federales como locales en el abordaje del tema.

Así, el nuevo gobierno apuntará también a una mayor militarización de las fronteras para disuadir y repeler la llegada de nuevos migrantes ilegales (tal como en la práctica terminó haciendo Biden, a contramano de su propuesta inicial). Y además, siguiendo lo ocurrido durante la primera administración trumpista así como el discurso actual, se anularán o reducirán los programas de protección a migrantes como el DACA⁶ o el TPS⁷ y se limitará al mínimo la protección humanitaria (esto es, la recepción de refugiados). Como novedad, se suma la propuesta de eliminar la ciudadanía por derecho de nacimiento –ius solis– a los hijos de inmigrantes indocumentados.

Aunque el gobierno entrante se propone beneficiar a los trabajadores estadounidenses protegiéndolos de la “competencia” generada por los migrantes, lo cierto es que estas medidas podrían afectar negativamente a la economía del país en su conjunto. Esto podría darse no tanto por el elevadísimo costo de ejecutar dicha política, sino más bien por el impacto que tendría en ciertos sectores económicos clave. En áreas fundamentales como la construcción, la agricultura y los trabajos del cuidado, donde un gran número de trabajadores son inmigrantes, una drástica reducción de la fuerza laboral traería aparejado un importante retraimiento y un consecuente efecto dominó en el resto de la economía.

Ahora bien, además del riesgo de escasez de mano de obra y recesión, este tipo de enfoque implicaría el retorno de la cruel política de separación de familias, causaría estragos en las comunidades locales y, eventualmente, ocasionaría un cambio en la composición sociodemográfica misma de los EEUU. Por su parte, en un contexto de convulsión política y gran polarización, la aplicación de este tipo de política migratoria probablemente signifique para el gobierno federal el desarrollo de numerosas batallas legales, el crecimiento de tensiones con Estados demócratas, ciudades “santuarios”, otros países (como México o países centroamericanos) y una fuerte oposición de ciudadanos y organizaciones de derechos humanos.

Si bien la administración demócrata no logró su cometido de dar un rostro más humano a la migración y terminó aplicando un enfoque mixto donde la militarización y la securitización estuvieron muy presentes, lo cierto es que esta nueva versión del trumpismo busca potenciar al máximo este abordaje desde la

⁶ Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA, por sus siglas en inglés)

⁷ Estatus de Protección Temporal (TPS, por sus siglas en inglés)

securitización. Lejos parecen quedar los intentos de reformas migratorias integrales que permitan regularizar la situación de una porción importante de la población estadounidense.

Legado, perspectivas e impacto de la victoria de Trump sobre la región de Medio Oriente

Por **Ornela Fabani**

Las elecciones del pasado 5 de noviembre en los Estados Unidos arrojaron por vencedor a Donald Trump. Desde entonces mucho se ha debatido en torno al posicionamiento que asumirá la nueva administración frente al escenario que tiene a la comunidad internacional en vilo: Medio Oriente, así como también respecto a la naturaleza del vínculo que Washington adoptará con distintos actores regionales, entre ellos, Israel.

Con vistas a arrojar luz sobre dichos interrogantes, vale recordar que durante su primera gestión y contraviniendo resoluciones de Naciones Unidas, Trump reconoció a Jerusalén como capital de Israel e, incluso, mudó la embajada de los Estados Unidos a dicha ciudad. Asimismo, solicitó el cierre de la oficina de la OLP en Washington y recortó los aportes a la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo (UNRWA). Ello sin mencionar que su gobierno reconoció la soberanía de Israel sobre los Altos del Golán y decidió dejar de aplicar el Plan de Acción Integral Conjunta, firmado con Irán en 2015. Todavía más, fue dicha administración la que presentó el Acuerdo del Siglo, referido por Mahmoud Abbas como la bofetada del siglo, por atender a cada una de las demandas israelíes e impulsar el establecimiento de una entidad palestina carente de soberanía plena. En tanto, la gran victoria de dicha gestión fue lograr la firma de los Acuerdos Abraham, que supusieron que dos Estados del Golfo normalizasen relaciones con Israel brindando la posibilidad de que dicho país diese un paso más en pos de romper el aislamiento al cual por décadas ha sido sometido por parte de las naciones árabes.

Si a lo hasta aquí mencionado se suman algunas designaciones efectuadas por el próximo presidente norteamericano obtendremos pistas claras respecto al posicionamiento que puede asumir la nueva administración de Trump frente a la región. Al respecto, se ha escogido como embajador en Jerusalén a Mike Huckabee, un cristiano evangélico, ex gobernador de Arkansas, que rechaza la solución de los dos Estados a la cual juzga como "irracional e irrealizable", niega la ocupación e, incluso, desconoce la existencia de la identidad palestina pues, conforme con sus dichos, hay árabes y persas mas el término "palestinos" es "un instrumento político, para arrebatarse territorios a Israel".

En virtud de lo expuesto, se teme que el arribo de la nueva gestión suponga firmar una carta en blanco para que el gobierno israelí avance, por ejemplo, con la anexión de Cisjordania. Particularmente atendiendo a que Netanyahu depende del apoyo de ministros de extrema derecha, tales como Bezalel Smotrich, para que su gobierno continúe en el poder. En torno a este último, el líder del partido

Sionista Religioso, señaló que ya ha ordenado a su departamento que se prepare para esta anexión.

De allí que el debate dentro de la administración Trump muy probablemente gire en torno a si respaldar o no este proyecto, considerando que avanzar en dicha dirección podría afectar negativamente otros objetivos de política exterior norteamericana para la región, tales como expandir los Acuerdos de Abraham o, inclusive, contar el apoyo árabe para contener a Irán. De una u otra forma, la victoria de Trump parece favorecer la posición de Israel y coloca a Irán y sus aliados en una posición desventajosa.

La nueva presidencia de Trump y la UE: el desafío de lo predecible

Por **Roberto Falcón**

El triunfo de Donald Trump en las elecciones de los Estados Unidos no pareciera ser un acontecimiento imprevisto para las relaciones entre la Unión Europea (UE) y aquel país. Por un lado, no hay sorpresas, por el otro, algo ha cambiado, la UE llega preparada a la cita.

Como punto de partida para la reflexión en torno a la relación Estados Unidos-UE en una nueva administración de Trump, es importante tomar como referencia la primera estadía del republicano en el Salón Oval (2017-2021). En ese primer mandato, Trump apoyó a los defensores del *Brexit*, tuvo opiniones reticentes respecto a la idea supranacional que representa la UE y a la defensa europea y, principalmente, alentó una política arancelaria agresiva que afectó a los productos europeos.

De repetirse aquella dirección en lo relativo a los aranceles, se produciría un impacto negativo sobre el crecimiento de la UE por la afección sobre sectores que exportan a Estados Unidos, principal socio comercial del bloque. Según la Comisión Europea, en 2023 las exportaciones de la UE a Estados Unidos alcanzaron la suma de 500.000 millones de euros. Entre las consecuencias de la reducción de las ventas a Washington, se encontrarían la debilitación del euro y una caída en recesión. Trump recientemente ha definido al arancel como una herramienta que castiga las prácticas desleales y que permite la reducción del déficit. No obstante, se debe reconocer que los aranceles que Trump aplicó en su primer mandato –que afectaron alrededor del 10% de las importaciones provenientes de la UE– fueron mantenidos por la administración Biden y, en algunos casos, se incrementaron durante la presidencia demócrata, por lo que la política arancelaria de Estados Unidos hacia la UE ha tenido continuidad más allá del color político del presidente de turno.

En cuanto a la defensa europea, durante su primera presidencia, Trump se mostró remiso a una colaboración en el marco de la OTAN. A raíz de la política de Trump, el presidente francés Macron sostuvo que la arquitectura europea de seguridad y defensa no debería reposar únicamente en Estados Unidos. Como respuesta, la UE puso en marcha un proyecto de fortalecimiento de su política en dicha área. En caso de que en el nuevo mandato Trump mantenga una posición similar a la de la etapa anterior, esto tendría su correlato en una reducción drástica del apoyo estadounidense al gobierno de Ucrania, afectando uno de los intereses de política exterior de la asociación. Además, a este desafío se sumaría la necesidad de enfrentar políticamente las discusiones para lograr un aumento del gasto en defensa.

Como dato que aporta al análisis de la relación Estados Unidos-UE, es relevante el hecho de que la dirección de esta última seguirá recayendo en Von der

Leyden, reelecta recientemente en su cargo de presidenta de la Comisión Europea. De esta manera, desde el ejecutivo europeo habrá continuidad en la perspectiva política y económica. Así, Von der Leyden ha sugerido abordar y articular la cuestión comercial y la geopolítica desde un punto de vista práctico, y ha planteado aumentar las importaciones de gas provenientes de Estados Unidos permitiendo contrarrestar en cierto punto la amenaza comercial estadounidense, por un lado, y disminuir la dependencia del gas ruso, por el otro.

En resumen, esta nueva etapa de Trump, si bien no representa una sorpresa, podría aumentar los desafíos que enfrentará la UE. De esta manera, en la dimensión comercial, los desafíos consistirían en mitigar los efectos adversos que podrían provocar nuevas medidas arancelarias y, en la dimensión política, el reto de alcanzar una mayor autonomía de la UE en cuestiones de defensa.

Como señaló Jean Monnet, Europa se construye a través de las crisis y las soluciones que implementa para superarlas.

Sobre las y los autores

Anabella Busso *Directora del CIPEI*

Magíster en Ciencias Sociales (FLACSO) y Lic. en Ciencia Política (UNR). Investigadora Independiente de CONICET e Investigadora Categoría I del sistema de Docentes-Investigadores. Profesora Titular de Política Internacional y Política Internacional Latinoamericana (FCPOLIT-UNR). Coordinadora del Grupo de Estudios sobre Política Internacional de América del Norte (FCPOLIT-UNR). Docente de posgrado en la UNR, UNLP; UNC; UCSF y UDELAR (Uruguay).

Julieta Zelicovich

Doctora en Relaciones Internacionales (UNR) y Magíster en Relaciones Comerciales Internacionales (UNTREF). Investigadora Adjunta del CONICET. Docente de Economía Internacional y Coordinadora del Grupo de Estudios sobre Negociaciones Comerciales Internacionales (FCPOLIT-UNR).

José Fernández Alonso

Doctor en Relaciones Internacionales (UNR) y Máster en Agente Financiero y Negocio Bancario por la Universidad de Alcalá de Henares (UAH). Investigador adjunto del CONICET. Docente de Finanzas Internacionales y Coordinador del Grupo de Estudios sobre Finanzas Internacionales (FCPOLIT-UNR).

María Florencia Guzmán

Doctoranda y Lic. en Relaciones Internacionales (UNR). Becaria doctoral del CONICET. Docente de Teoría Económica (FCPOLIT-UNR).

Carla V. Oliva

Magíster en Integración y Cooperación Internacional (CERIR-UNR). Docente de la materia Política Internacional (FCPOLIT-UNR). Coordinadora del Grupo de Estudios sobre China y Argentina – GECHINA (FCPOLIT-UNR). Profesora de la materia "China y las Relaciones Internacionales de Asia Oriental" de la Especialización de Estudios Chinos, Universidad Nacional de Lanús. Miembro del Consejo Argentino de Sinólogos – World Sinology Center.

Jorge Santiago Rojas

Lic. en Relaciones Internacionales (UNR). Adscripto en Geopolítica Latinoamericana y Argentina (FCPOLIT-UNR). Miembro del Grupo de Estudios sobre Rusia de Rosario (FCPOLIT-UNR).

Esteban Actis

Doctor en Relaciones Internacionales (UNR). Docente de Política Internacional Latinoamericana (FCPOLIT-UNR). Ex Becario Doctoral y Posdoctoral del CONICET, ex Becario Fulbright. Investigador del sistema de Docentes-Investigadores.

María Eva Pignatta

Doctora en Relaciones Internacionales (UNR). Docente de Política Internacional Latinoamericana (FCPOLIT-UNR). Ex Becaria Doctoral del CONICET. Miembro del Departamento de América del Norte del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI-UNLP).

Guadalupe Dithurbide

Lic. en Relaciones Internacionales (UNR). Docente ordinaria de Política Internacional Latinoamericana y Co-coordinadora del Grupo de Estudios sobre Política Internacional de América del Norte (FCPOLIT-UNR). Miembro del Departamento de América del Norte del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI-UNLP).

María Florencia Marina

Lic. en Relaciones Internacionales (UNR). Docente de Política Internacional Latinoamericana (FCPOLIT-UNR). Miembro del Grupo de Estudios sobre Política Internacional de América del Norte (FCPOLIT-UNR) y del Departamento de América del Norte del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI-UNLP).

Ornela Fabani

Doctora en Relaciones Internacionales (UNR) y Magíster en Integración y Cooperación Internacional (CERIR-UNR). Investigadora Asistente del CONICET. Docente de Política Internacional (FCPOLIT-UNR). Miembro del Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario (CERIR). Coordinadora del Departamento de Medio Oriente del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI-UNLP).

Roberto Falcón

Doctor en Derecho (UNR) y Magíster en Integración y Cooperación Internacional (CERIR - UNR). Docente universitario.



TWITTER - INSTAGRAM

`@cipei_unr`

FACEBOOK

`@cipei.unr`

MAIL

`cipei@fcpolit.unr.edu.ar`

WEB

`www.cipei.unr.edu.ar`



Facultad
de Ciencia Política
y Relaciones Internacionales

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO